

Entrevista a Jesús Martín-Barbero

Por Eduardo Lizarazo

JESÚS MARTÍN BARBERO ES UNO DE LOS INTELECTUALES más prominentes de Latinoamérica. Su teoría de las mediaciones culturales ha significado un cambio de perspectiva sobre los procesos de comunicación social, constituyéndose en un referente internacional de los estudios sobre comunicación y cultura.

El también doctor en Filosofía (Instituto de Filosofía de Lovaina, Bélgica) y posdoctor en Antropología y Semiótica (Escuela de Altos Estudios de París) conversa en entrevista exclusiva para la revista *Versión* (realizada en Bogotá) sobre la relación entre información y poder; las nuevas formas narrativas que Internet ha posibilitado, en algunas de las cuales los ciudadanos se han podido asumir a sí mismos como parte del debate público, y la forma en que, en palabras del mismo doctor Martín-Barbero, “el modelo de expansión social de la tecnología ha cedido ante una especie de poder invisible frente al cual los políticos se han resignado a que los expertos y los tecnócratas sean quienes dirijan este campo, en lugar de pensar el papel que tiene el Estado en relación con el interés de las mayorías”.

Cuestión que hoy se hace más visible con el surgimiento de la *primavera mexicana* en la que un movimiento de jóvenes estudiantes debaten principalmente, ya no el poder del Estado, sino el poder del duopolio mediático que por años ha sido determinante en las elecciones y la dinámica política de México.

Eduardo Lizarazo:

La sociedad contemporánea parece esbozar un nuevo visor de las relaciones entre información y poder, algunos dicen que probablemente se trata de la nueva contradicción entre el Estado y el poder planteada por Foucault. En ese sentido, Wikileaks pareciera mostrar lo que hay que hacer con el poder: visualizar lo opaco, lo oscuro, exponer ese poder. ¿Será esto un nuevo camino democratizador de la información?

Jesús Martín-Barbero:

LA ESFERA PÚBLICA, TAL COMO EL PROPIO HABERMAS lo historió, sigue siendo una clave de la renovación democrática. En la Europa de la democracia burguesa del siglo XIX la palabra ‘público’ significaba que las tomas de decisiones por el gobierno debían estar abiertas al debate de los ciudadanos, quienes tenían derecho a conocer por qué se tomaban determinadas decisiones en la sociedad. Todo lo contrario del “viejo régimen” cuyo poder residía en buena medida en el secreto que tenían los reyes, pues su autoridad emanaba de Dios y no del pueblo. Pero es indudable que el poder ha tenido siempre secretos –y sigue teniéndolos–, digamos que Wikileaks ha abierto el debate sobre la nueva relación –que posibilitan las redes ciudadanas vía Internet– de la información con el poder cuando hay la posibilidad de informar sobre decisiones *secretas* que tienen gran incidencia en la vida pública ya no de un país sino del mundo.

Es en ese sentido que Internet significa una ampliación del ámbito de lo público, es decir, la posibilidad de romper esos secretos y sobre todo de retomar el debate público frente a esta trampa que significa gobernar por encuestas –pues hoy la cara más tramposa del poder es una opinión pública pervertida, cuando resulta reducida a preguntas hechas a ciudadanos al calor de los acontecimientos y, por tanto, sin el mínimo de deliberación–. Por ejemplo, en Colombia hay la tendencia de que cuando un delito hiere especialmente los sentimientos de la mayoría, como en la violación y asesinato de niños, los medios corren a preguntar por qué no se instala la pena de muerte. Este tipo de extremos nos muestra lo que significó la manipulación ostensible de las encuestas a favor de Uribe, pues nadie se planteó que esas encuestas se hicieron a teléfonos fijos, y ¿cuánta gente de los sectores medios bajos tiene teléfono fijo?, ¿a qué población se hicieron esas encuestas? Ni siquiera las ciencias sociales abrieron un debate serio sobre el tema.

*La Silla Vacía*¹ está permitiendo conocer un país que no tiene casi nada que ver con las informaciones proporcionadas por los periódicos *El Tiempo*, *El País* de Cali, *El Colombiano* de Medellín, *El Universal* de Cartagena. Es otro país el que empieza a hacerse visible y por ello también existe la posibilidad de que los ciudadanos se asuman a sí mismos como parte crucial del debate político sobre qué significa la democracia al votar en unas condiciones tan fraudulentas como en las que se vota en Colombia, y también en países como Italia:

¹ *La Silla Vacía* es un sitio web que ofrece información alternativa sobre el poder político en Colombia:

www.lasillavacia.com

¿qué significa que Berlusconi, con los años que lleva haciéndole trampa a la justicia, tenga mayoría en el Congreso?

Lo más importante hoy no es la cantidad de información que hay en Internet, sino que la información nos llega vertida a otros géneros, otras narrativas que posibilitan mucho más debate público. Indudablemente *visibilidad* es una palabra clave, no podemos entender lo público sin este nuevo tipo de visibilidad que *tiene que ver*, por un lado, con el reconocimiento de actores sociales que no lo fueron y de actores políticos que lo fueron pero que no eran verdaderamente reconocidos como tales: mujeres, homosexuales, indígenas, afros, jóvenes, actores regionales. Se trata de una visibilidad sociocultural cuya incidencia política la gente la siente tan importante o más que la representación del Congreso. Más que tener un representante en el Congreso, muchas mujeres y homosexuales quieren ser reconocidos, ser vistos socialmente en sus diferencias como ciudadanos de primera en cualquier orden. En ese sentido, yo sí creo que los conceptos de *visibilidad social* y *visibilidad política* se han vuelto importantísimos, y constituyen hoy la forma de *darle la palabra al pueblo*. Claro que hoy día el tema no es dar la palabra –porque la palabra se da a mucha gente–, sino ¿quién escucha al pueblo que conforman las víctimas, los desplazados, los jóvenes convertidos en desechables? En Colombia se han vuelto famosas las *Veedurías*. Esta relación fonética y semántica entre *visibilidades* y *veedurías* está resultando muy importante ya que hemos logrado, por ejemplo, que un Ministerio de Comunicaciones –que llevaba años sin permitir que hubiera una emisora comunitaria más en las grandes ciudades, relegándolas sólo a los pueblitos– se viera obligado por la Corte Constitucional a abrir un concurso para nuevas emisoras en los barrios de las ciudades grandes, y ello mediante una “tutela” elaborada y presentada por una Veeduría Ciudadana coordinada por dos ONG nacionales. Así no pocas escuelas fueron las mediadoras para obtener el permiso del Ministerio, pues se trató de radios escolares que no se limitaron al ámbito puramente escolar, sino que establecieron relaciones con el barrio y con la ciudad, de manera que esas emisoras son el embrión, un empoderamiento ciudadano cada vez más fuerte.

Respecto al fenómeno de Wikileaks yo todavía estoy muy confundido: por una parte, el grupo inicial ha tenido problemas internos con el creador, Assange, o del que había partido como cabeza; por otro lado, me pregunto ¿por qué le dieron a él esa información?, ¿qué intereses hubo detrás, solamente los del individuo hoy encarcelado? Assange, que no es un periodista, recibió y sigue recibiendo información de una serie de informantes ¿por qué hacerlo desprestigiando al gobierno norteamericano ahora que Obama está a cargo? La cosa no está nada clara. Cierto que la información se entregó a periódicos con cierto prestigio de independencia –Assange se ha defendido diciendo que le dio la información a los mejores periódicos–, pero fuera del video donde se ven soldados norteamericanos masacrando a familias iraquíes que no tenían nada que ver con la guerra, se trata de una masa de información entre la que se encuentran montones de chismes inocuos. Aunque me parece muy importante el fenómeno no creo que se halle libre de la sospecha sobre otros poderes que también tienen sus secretos. Una pretensión de transparencia total es para mí una pretensión tramposa, como también lo es creer que es posible este tipo de transparencias

por más exigentes y beligerantes que sean los ciudadanos, y por más “abiertos” que sean los gobiernos: hay secretos que hacen parte del funcionamiento mismo del poder, como lo reconoció Felipe González siendo presidente del gobierno español: “todo poder necesita de alcantarillas”.

La otra cara de este punto clave de la relación entre información y poder es la aparición últimamente de grandes conglomerados con una enorme concentración del poder de información en tan pocas manos como no lo habíamos visto nunca. Las nuevas tecnologías nacieron uncidas a un sofisma: que sólo podían desarrollarse si eran liberadas de la mínima regulación estatal o pública, había que dejar que las nuevas tecnologías *se dieran forma a sí mismas* sólo impulsadas por el mercado. Fue así como Murdock armó su mundo empresarial o como American On Line llevó a cabo la mezcla “estratégica” de distribuidores de información con productores de contenidos de información: AOL con Time-Warner. Los oligopolios de la información son la cara más peligrosa de la muerte de periódicos. Hoy vivimos el extremo más brutal de la concentración de información no solamente noticiosa, sino científica. Y para ejemplo un botón: dos de las empresas más grandes de este país producen y saquean los únicos noticieros nacionales. Una ministra de Comunicaciones intentó cambiar Señal Colombia² convocando a un pequeño grupo de personas que habíamos trabajado muchos años en estos temas, pero *desde arriba* le indicaron que era imposible que Señal Colombia tuviera un noticiero nacional, pues los canales regionales pueden tener su noticiero local, pero la construcción de la información nacional, de acuerdo con la cúpula de poder en Colombia, es sólo asunto de las empresas de Sarmiento Angulo y del Grupo Santo Domingo o de algún otro asociado.³

En este sentido ¿qué criterios habría que tener en cuenta para democratizar este nuevo fenómeno?

Esa concentración tiene lugar al mismo tiempo que el estallido de Internet. De alguna manera Internet es el sueño del anarquismo, pues posibilita lo que nunca antes: que cada ciudadano pueda tener opción de escribir –no sólo a leer– en países donde lo que se enseña es a leer para repetir lo que dice el profesor. Paulo Freire fue el primero en decírnoslo: alfabetizar adultos no es tanto posibilitar que lean–aprendan lo que otros dicen de ellos, sino posibilitarles que ellos mismos cuenten su propia historia, única manera de que los que saben–mandan cuenten con ellos. Aquí está la batalla central de los wikileaks de todos tamaños, o sea el blog de “*la silla vacía*” escrito por la gente de los movimientos sociales y las organizaciones no gubernamentales: saber lo que está pasando en el mundo indígena en Colombia a partir de lo que los indígenas informan, y lo mismo desde el mundo afro, el de las mujeres, pues entonces la cantidad de información deja de confundirse con el barullo que hacen los grupos mediáticos y ante lo que estamos es de un *salto cualitativo* hacia la

² Señal Colombia es un canal de televisión estatal dedicado a temas de cultura y educación.

³ Luis Carlos Sarmiento es un banquero colombiano multimillonario. Según la revista *Forbes* (2011) es el hombre más rico de Colombia y ocupa el puesto setenta y cinco en el mundo. Julio Mario Santo Domingo, recientemente fallecido, fue uno de los empresarios más ricos del país, propietario de dos importantes corporativos de comunicación colombianos: Caracol Televisión y el periódico *El Espectador*.

pluralización y diversificación de los que asumen su derecho a informar, que sigue pasando en gran medida –¡mejor que nunca!– por el escribir.

De ahí que, frente a la expansión de las posiciones culturalmente apocalípticas y políticamente pesimistas y escapistas, yo les diga descaradamente a mis alumnos *que investigo lo que me da esperanza*. Y en eso no hago sino seguir a uno de mis mentores de fondo: Walter Benjamin, un judío ateo que escribió: “sin esperanza no se puede vivir”, pero “la esperanza sólo se nos da a través de los desesperados”. Y como hoy hay más desesperados que nunca en el mundo, ello significa benjaminianamente que también hay más esperanza disponible que nunca.

¿Cómo habría que entrar en ese proceso de desarrollo de las tecnologías, de decidir cuáles dejar y cuáles actualizar?

La entrada a la cuestión tecnológica suele hacerse teniendo en mente la trama de los medios –prensa, radio, televisión– y el tipo de información que ellos suministran, pero hoy el mundo de la información más importante ya no es el de los medios, sino el de la *información genética*. Cuando se habla de sociedad de la información no se está hablando de sociedad de la información noticiosa, se está hablando de la sociedad de la información genética, es decir, de una información que es materia clave de la construcción del conocimiento y de la innovación, o sea de la invención. Y muy especialmente de la innovación-transformación del ADN de los vegetales, los animales y los seres humanos. No se trata de desconocer las implicaciones de todo tipo que sobre la información periodística y la formación de la opinión pública entraña el entramado digital, sino de comprender que lo digital abre nuestras sociedades a un nuevo *entorno*, ese “tercer entorno” comunicativo-informacional que por primera vez pone en la razón y las manos de la humanidad la capacidad de orientar la evolución entera de nuestro mundo.

¿Por qué hay que mirar la palabra información desde los dos lados? Porque ambos sufren de lo mismo: de la perversión que tanto en la producción como en la circulación de la información introduce el cada día más des-regulado poder del mercado. La primera en elaborar un mapa genético humano fue una empresa privada, adelantándose por unos meses a una universidad pública norteamericana. Dos muestras: ahí está el negocio de las medicinas y el de las plantas transgénicas: tuvo que intervenir directamente la ONU para que el precio de las primeras medicinas con las que se enfrentó el sida no fuera el que pusieron los intereses de las empresas privadas, pues impedía que la inmensa mayoría de los enfermos –que están en África– tuviera acceso a ellas. La otra muestra es la empresa Monsanto que, al contrario de lo que vienen haciendo los institutos públicos que investigan cómo mejorar las semillas, incluyendo su duración, ha inventado la *semilla suicida*, o sea la que muere al dar el fruto, con lo que asegura la necesidad de su compra cada año.

De alguna manera la revolución tecnológica se presentó a sí misma como “exigidora” de una negación a ser regulada por criterios que no fueran criterios técnicos o económicos, una especie de fatalidad “bienhechora” que obligó a asumirla tal como llegaba sin que ninguno otro actor distinto al mercado pudiera condicionarla. De hecho, todos los otros medios –prensa,

radio, tv– llegaron a nuestras sociedades regulados por el Estado, fue cuando aparecieron los celulares que al Estado no *le interesó* sino repartir-vender frecuencias porque le daban un montón de plata, como va a pasar ahora con la televisión digital terrestre. En realidad hay una especie de renuncia *a priori* por parte del Estado a pensar, junto con la ciudadanía, los diversos tipos de implicaciones que trae la tecnología digital, y además ha malgastado montones de plata buscando “estar a la última” en tecnología en lugar de dedicarse a pensar y democratizar sus usos sociales. No es la novedad tecnológica sin la capacidad de inclusión social el criterio con el que deberían trabajar las instituciones públicas. Pero para eso hay que saber qué tipo de sociabilidad proponen e inducen las técnicas hoy. Y los políticos no tienen idea de lo que está pasando con las nuevas tecnologías pues de ellas no saben sino *los expertos*, de manera que los expertos se han convertido en la llave de paso de los intereses económicos hurtándole a la gente la posibilidad de un debate ciudadano.

La mejor demostración que lo que digo es lo que pasa hoy con la transformación de la televisión: tenemos en Colombia una Comisión Nacional de Tv pervertida por el propio Congreso –no por la Constitución de 1991 que creó una comisión para que la ciudadanía preparada se hiciera cargo de regular la tv, así como la Comisión del Banco de la República que ha funcionado porque ha contado con los mejores economistas del país, incluso con economistas de izquierda, pero en la Comisión de Tv no ha habido nadie prácticamente que sepa de televisión, de tecnología, de contenidos y mucho menos de políticas, porque el Congreso al convertir el texto constitucional en ley le entregó al presidente la elección a dedo de dos miembros, se entregó a sí mismo otros dos, y sólo dejó uno al gremio de los productores de tv y otro a las Facultades de Comunicación y Educación. Con esa proporción, y pervertida por la politiquería de los congresistas, la participación ciudadana en la Comisión ha sido ninguna, con lo que los intereses de las empresas privadas se convirtieron en el único verdadero interés de la Comisión.

El modelo de expansión social de la tecnología ha cedido ante una especie de poder invisible frente al cual los políticos se han resignado a que los expertos y los tecnócratas sean quienes dirijan este campo, en lugar de pensar el papel que tiene el Estado en relación con el interés de las mayorías. Por ejemplo, la mayoría de los niños en América Latina no tiene computadora en su casa, su acceso es a través de la escuela, ¿qué pasa ahí? Un cuello de botella espantoso porque la escuela no está preparada en absoluto para que esas tecnologías lleguen a los niños en términos de verdaderos usuarios, y no de usos y aprendizajes instrumentales: se enseña a leer para que lean lo que quieren los maestros y se les enseña a escribir para que hagan las tareas, no para que ellos se expresen, no para que ellos escriban. Se posibilita el acceso al computador e Internet pero para que los alumnos puedan hacer lo que los maestros –en su atemorizada concepción– autoricen.

En Guadalajara hice una investigación de año y medio sobre el uso que los adolescentes hacen de Internet. Observé que los únicos lugares donde los niños se sentían realmente libres, y a la vez hacían las tareas, jugaban y trabajan en equipo, eran los cibercafés. Cuando estaban reunidos en sus casas estaban bajo la vigilancia de sus padres, casi siempre temerosos

de lo que los amigos podían proponerles a sus hijos, y en la escuela se les enseñaba a usar Internet con un manual de Microsoft, al término de su aprendizaje se les daba un *cartón* firmado por Bill Gates; hasta en el México de los patriotas y nacionalistas la escuela pública renuncia a posibilitar usos libres y creativos de Internet. Y en Colombia peor. En este país las dos grandes campañas que hubo para “sembrar de computadoras” el campo, por municipios: la inmensa mayoría de las computadoras al año y medio ya estaban en casa de los caciques, impidiendo que las usaran los jóvenes. Es el propio Estado el que ha aceptado un papel pasivo, instrumental, y no ha asumido la envergadura cultural y política de las tecnologías.

Hoy en día los ministros de Comunicaciones ya no lo son de la información o la comunicación, sino de las “meras” tecnologías, sólo los ingenieros saben de una tecnología con la que ellos juegan politiqueramente. Pero como la clase política no tiene ni idea de qué es lo que nos estamos jugando como país, como sociedad, siguen pensando que se trata de unos aparatitos y no de lo que en verdad se trata, de una *aleación de cerebro y de información*. Y lo que, en términos educativos, no ha podido tampoco ser entendido por los ministros, es que no se trata de “ayudas didácticas”, sino de la transformación radical del propio modelo escolar. Y esa incompreensión impide usar la tecnología verdaderamente con la escuela, acaba volviéndola un mito de lo peor y en otros de lo mejor, pero eso sí perversamente: como ayuda y reforzamiento de las viejas dicotomías y las más largas inercias. Tengo un libro maravilloso de una educadora argentina, titulado *Tatuados por los medios*, donde se plantean realmente todas las visibilidades del mundo de los alumnos, de la gente joven que se juega en los medios y las tecnologías, y ello *en términos de las sensibilidades que deja fuera la escuela*, asociadas a sus culturas visuales y sonoras. Y frente a esa exterioridad entre mundo joven y mundo escolar no hay “baños de agua tibia”. O las transformaciones profundas se asumen como lo que son –transformaciones del ejercicio del poder– del poder de los maestros, de los padres, de los políticos, o seguiremos dejando que “inventen ellos”, los jóvenes de los países que han entendido la nueva relación entre educación-información-invencción.

Durante la investigación que hicimos en Guadalajara encontramos una muchachita de dieciséis años que se hacía pasar por un hombre de veinte años y mantenía desde hace tiempo relaciones de amistad con una sueca de treinta años, había inventado su personaje y lo mantenía divinamente, incluso con fotos ¡aunque ella se hacía pasar por un hombre! Ahí empecé a pensar las dos hondas dimensiones del *chat*: la recreación imaginaria de la subjetividad y la socialidad, esto es, de las transformaciones pluralizadoras del sentido que adquieren las viejas divisiones entre lo íntimo, lo privado y lo público; y del otro lado, el *retorno de la oralidad salvaje* al primer plano de las culturas letradas. Pues el *chat* no es verdaderamente escritura, es oralidad no escrita para que perdure, sino *trascrita* para contarse, consolarse, exhibirse, evadirse, reportarse, vengarse de los adultos, etc. Las adolescentes francesas comenzaron tratando de usar el *chat* para conservar al “diario”, trastornándolo, compartiendo pedazos de lo más secretamente escrito. Y el resultado fue comprobar que los diarios siempre fueron a la vez para guardar secretos y para compartirlos con las amigas “íntimas”. Pero como lo íntimo está cambiando de figura y de sentido, *la oralidad secundaria* del *chat* emborronó muy pronto sus tenues fronteras con lo escrito así como también entre

lo íntimo-privado con lo más impúdicamente público. Lo que se plantea igualmente con Facebook: mientras los padres quieren estar en esa red con los hijos, los hijos no quieren que sus papás estén porque ya tienen suficiente vigilancia en casa para que ahora encima estén vigilando “su intimidad” por más pública que ella se haya vuelto.

Parecería entonces que lo que está en juego es el modo en que estas tecnologías operan como trayendo consigo mismas un cierto poder que ya no es regulable por los viejos poderes domésticos y políticos, pero esto no exime al Estado de asumir como suyo los intereses de la ciudadanía. Ahí está la pelea a muerte entre millones de gentes jóvenes –y no tan jóvenes– con la ministra española que ha propuesto una ley para luchar contra la piratería en Internet, esto es, para defender los reclamos de la propiedad intelectual, que sigue bien cercana al *copyright* norteamericano, es decir, a los intereses de los productores, de lo que se vende más que de lo crean los autores. A mí dízque me pagan el diez por ciento del costo de los libros que he escrito, pero en realidad no me ha llegado nunca ni la mitad de ese diez por ciento, y menos de los montones de ejemplares fotocopiados en muchos países, incluida España que tiene regulados los derechos sobre las fotocopias. Pero ¿qué pasa cuando tú en diez segundos puedes adquirir el libro por Internet y lo imprimes? ¿Dónde están el que compone el libro para imprimirlo, el que lo produce materialmente y el que hace los diseños?, ¿dónde están el distribuidor y el librero?; sólo quedan el autor y el que lo monta digitalmente en la red. Todo el resto del sistema *industrial-empresarial* se recompone. Y en esa pelea a muerte de un lado estaban grandes figuras de la cultura española como Almodóvar y Savater, y del otro el hijo de Savater y su generación negándose a aceptar que la noción de propiedad que se acuñó en el siglo XIX siga imperando ya que confunde lo que tú te comes o destruyes al usarlo, con lo que tú simplemente usas mientras los demás pueden seguir teniéndolo también. Si yo compro un libro, el libro no desaparece, que es lo mismo que pasa con la música. En el siglo XVII los que trajeron la propiedad privada convinieron con los que encontraron en estas tierras que el camino por el que todos transitaban no podía ser exclusivamente propiedad del “dueño” de la parcela por la que pasaba el camino, o sea que sobre ese terreno había dos tipos de derecho: el privado que pertenecía al dueño-de-la-tierra y el de los-usuarios-del-camino que eran todos los que necesitaban transitar, un derecho colectivo al uso que impedía el abuso del dueño que intentara destruirlo. Hoy ni siquiera tenemos lo que posibilitó aquello, y que se encarnaría en unos juristas con imaginación social capaz de compatibilizar el derecho del autor –y no de sus descendientes– con el del lector cuando el proceso de producción “real” del libro, o de la canción, ha cambiado radicalmente.

Progresivamente a los ciudadanos se les exige que se representen en la red, existir hoy, trabajar, tener una hoja de vida, comunicarse, tener amistades, figurar-se, como en el caso de esta chica que cambió su género y su identidad. Hay que inventarse en la red, el problema está en que esa visibilización queda prácticamente imborrable, accesible a cualquiera que cuente con los recursos, y en este sentido ¿no es necesario también un derecho a la invisibilidad, al silencio, a la intimidad?

Sin duda: poder ver es al mismo tiempo ser visto, no hay vuelta de hoja. Si tú tienes derecho a ver todas las maravillas que ha producido la humanidad –de cualquier tipo, sea en términos

de arte, literatura, arquitectura, ciencia— también te expones a ser visto por montones de gente con intereses en *el ver* muy distintos. Google sabe más de mí que yo mismo, sabe lo que yo busco, y cada día que pasa tiene más y más pistas sobre lo que a mi interesa, además de todo lo que yo no sé que me interesa, porque no lo conozco pero Google sí, porque “el algoritmo”, “el secreto de Google” está —como lúcidamente nos ha develado G. Baricco en *Los bárbaros*— en que la cantidad de información que yo le suministro se torna cualidad, algo que me expresa y me engloba. Uno va buscando lo que quiere, lo que necesita para su trabajo, para su negocio, o para su juego. Yo estoy armando un “museo imaginario” con montones de imágenes que “bajo” para mis juegos o composiciones. Estamos ante algo maravilloso pero que tiene, como todo lo importante en la vida, dos caras. Pues si Internet es el *arma* —la rueda no fue sólo un utensilio para movilizarse sino el arma-madre de las invasiones en serio— más compleja que haya inventado la humanidad en toda la historia, se trata también del arma más llena de contradicciones. Empezando por la invasión de *spam* que atiborra hasta los *e-mail* mejor resguardados, te obligan a perder un montón de tiempo para distinguir entre lo que es gente nueva que te escribe y lo que no solamente es *spam* sino virus-ladrones peligrosísimos. En mi caso, tan sólo revisar “el correo” es una verdadera carga pero a la vez por esa carga pasa el acceso a un mundo de gente joven cuyas preguntas, informaciones o bromas impiden que mi vejez se torne cuesta abajo. Y uno puede tener varios correos para hacerse cargo de la diversa significación de lo íntimo, lo privado y lo público. Y eso sucede en el nivel más elemental del estar-en-red, que es el del correo electrónico, sin meterte en Facebook o Twitter.

Pero también hay que pensar en la cantidad de gente que no ha de tener la privacidad como un derecho, o como un bien, sino como algo de lo que quisiera escapar. Y si no ¿de qué hablan los mil tipos de *reality shows* o el exhibicionismo que puebla Facebook? El *contacto* —la palabrota técnica más fría— es fundamental para la mayoría de la gente. Encontrarse con otros a través de imágenes, volverse imagen, y por lo tanto quedar expuesto, es para millones de personas hoy en el mundo una manera de salir de la soledad, de la incertidumbre, y hasta de llegar a ser alguien durante unos minutos.

En el plano individual esto es percibido a ratos como una enorme ganancia pero con un altísimo costo: nos quita soledad. Pero cuando yo tenía quince años ya un profesor me reveló el secreto de esa contradicción: *hay amistades que quitan soledad y no dan compañía*. Y el otro plano es el de Internet que nos expone a montones de miradas y de escuchas, pues no sólo nos permite ver sino dejar huellas en lo que vemos; con lo que la pantalla de Internet trastorna profundamente los viejos modos de relación con las pantallas de cine (pública) y de televisión (privada). Ahora puedes escribir en la pantalla, dibujar, transformar las fotografías, reinventar imágenes con el mismo tipo de creatividad con que el poeta reinventa las palabras. Mi hijo, que sabe matemáticas, me ha descubierto que hoy muchos artistas que trabajan-crean-en la red rebajan *el peso* de las imágenes con las que trabajan a más del cincuenta por ciento para que los visitantes de sus páginas web puedan interactuar dejando huellas en las imágenes o composiciones. O la gente que empieza a escribir en la web un relato para que los demás continúen escribiéndolo, o los jóvenes de distintos

países que sabiendo solfeo han inventado un nuevo tipo de notación musical, mucho más *económico*, para hacer colectivamente música de rock.

¿Qué diferencias habría entre las formas de *socialidad de las redes* y las formas de *socialidad tradicionales*?

Diría que los dos grandes ejes de transformación más honda conciernen a los cambios en nuestra percepción del espacio y del tiempo. De acuerdo con Maffesoli, asistimos a la aparición de “nuevos modos de estar juntos”, pues al que sentimos más cercano puede ser alguien que habita en el otro lado del planeta. Por ejemplo, hoy día hay millones de abuelitos colombianos que tienen a sus hijos y nietos en el extranjero, y los sienten juntos porque pueden verlos y hablar con ellos. La transformación de los viejos en su relación con la tecnología digital, cuando sus seres queridos están lejos, cambia radicalmente, también ellos pueden enviar fotos de cómo ha evolucionado el barrio o el pueblito. Y hasta han aprendido a escribirle a los nietos, y ello cuando, aunque sabían leer, jamás habían escrito algo distinto a su firma. Margaret Mead habla de que hoy no hay sólo migraciones en el espacio, sino también en el tiempo: millones de gentes que viajan siglos de una generación para otra.

De ahí que estén cambiando todas *las relaciones*: la social, la de trabajo, la amorosa. Me acuerdo que un día, hace ya como diez años, llegaron a clase unas alumnas, con un proyecto de investigación de maestría sobre la cantidad de personas mayores de cuarenta años que buscaban pareja por Internet... y nosotros que creíamos que Internet era un fenómeno de jovencitos, descubrimos que la vida de un montón de adultos y hasta de viej@s cuelga de un hilo a la espera de que el/la otr@ responda. Esto nos cambió a una velocidad de la que no nos dimos cuenta. Lo que demuestra que la soledad es algo muy extraño y que se halla dotada de recursos secretos –al menos en el mundo latino, que en eso sigue siendo muy distinto al anglosajón.

Pero los nuevos modos de estar juntos no atañen únicamente a los modos individuales de sentirnos juntos, sino también a los modos de juntarnos políticamente, de aliarnos en un proyecto de investigación, de juntarnos en un trabajo estético: miles de madrileños se echaron a la calle el día que el señor Aznar, mintiendo a los españoles, les dijo que era ETA la que había puesto las bombas en los trenes en las cercanías de Madrid: fueron unos adolescentes por celular y por correo quienes juntaron a muchedumbres en grandes ciudades, que a partir de ese gesto cambiaron su voto para las elecciones generales tres días después.

Los nuevos modos y capacidades de juntarse han sido clave también de la “primavera árabe” desde Túnez a Libia, pasando por Egipto, hasta la atormentada Siria de hoy. La fuerza con que se han roto inercias seculares ha sido un híbrido de tiempos largos y cortos. Largo el tiempo en que se fue gestando la certeza de su propia dignidad humana y su derecho a la libertad; largo también el tiempo de gestación en el mundo árabe de una nueva conciencia femenina de libertad y de igualdad; y corta la temporalidad de las redes desde la

instantaneidad que permite hacer circular por ellas una información prohibida y perseguida a muerte, hasta esa otra temporalidad del tiempo corto en que se negociaron en la penumbra de Internet las alianzas de fuerzas muy diversas, ideológica y políticamente. En Túnez las imágenes del joven sin trabajo que se inmoló quemándose en una plaza pública suscitaron una rabia incontenible que se valió para crecer y madurar de la creatividad maravillosa de un montón de graffiteros que poblaron paredes estratégicas de la ciudad con relatos de la vida y muerte del héroe inmolado. En Egipto, al *bloggero* que empezó a “armar” todo lo mataron a los dos días y el reguero de webs y blogs logró llevar ciento cincuenta mil personas, en su mayoría jóvenes y mujeres, a la plaza Tahrir durante dieciocho días coordinando tareas claves para llevar alimentos, agua e informaciones tácticas muy precisas para organizar la resistencia durante esos días. La sorprendente pericia con que los jóvenes y las mujeres supieron hacer uso de las nuevas maneras de contagiar su desesperación por las redes, de conectarse, intercambiar información y juntarse por largo tiempo físicamente, habla mejor que todas las teorías culturalistas y voluntaristas de lo que verdaderamente hay de potencial transformador de lo social y lo político en las tecnologías digitales. En Egipto muy pronto el poder estatal impidió la transmisión de frecuencias para celulares y se trató por todos los medios de paralizar Internet, pero los jóvenes acabaron sabiendo esquivar el bloqueo con mayor velocidad que el gobierno.

Los logros que hasta ahora han producido las dolorosas luchas del mundo árabe sólo pueden comprenderse a partir del entrelazamiento de dos movimientos/procesos sociales: la estratégica recuperación de la “densidad simbólica” de la política, ésa que, para Paul Ricoeur, significa literalmente “su capacidad de convocarnos, de hacernos sentir juntos”; y la inserción/transmisión en y desde las redes del contagioso del espesor simbólico devuelto a la lucha política. El “milagro” de esa recuperación y su transmisión no es debido a la tecnología, sino a la sabiduría con que los verdaderos actores de esas luchas han sabido “explotar” lo que en las redes digitales hay de potencial comunicativo de masas y no sólo entre individuos, como piensan aún no pocos tanto de los apocalípticos como de los integrados.

Goebbels supo antes que nadie explotar la “comunicación-de masas” que había en la radio, y ahora son “los bárbaros” –palabra que viene del latín en el que significa *extranjero*–, o sea los que no han tenido casi nada que ver con los inventos técnicos, como los pueblos árabes, los que nos están enseñando a explotar políticamente no sólo reacciones instantáneas de la población, sino a suscitar y sostener movimientos sociales y políticos que se saben de mediana y larga duración.

¿Creíamos que la muchedumbre era algo inmaterial, puramente una imagen? Pues ahí están los egipcios posibilitando lo imposible: tumbando a un faraón con todas sus milicias. La aceleración de los tiempos no es solamente una cuestión técnica y peligrosa, es también una nueva modalidad de la acción política cuando la densificación por acumulación de *lo insoportable* –derechos largamente prometidos, libertades largamente pisoteadas– quema etapas en las que ya no se cree y va rápidamente a la “acción directa”. No de otra cosa hablan Toni Negri y Michael Hardt cuando “recuperan” políticamente a la muchedumbre.